

Las líneas que siguen son el resultado de la ligera observación de los Estados Unidos, producto de un corto viaje de estudio, cubriendo en ida y vuelta unos 3.500 Kms., en "bus" entre Nueva Inglaterra y el Golfo de México. Desde Waterbury-Conneticut hasta Hattiesburg-Mississippi. Iniciado en Waterbury pasando por New York, New Jersey, Baltimore-Maryland, Washington D. C., Richmond-Virginia, Norte y Sud Carolina, Atlanta-Georgia, Birmingham-Alabama, Hattiesburg-Mississippi. El regreso tomando por Knoxville-Tennessee. Haciéndolo en forma directa representa unas 41 horas para ir y otras tantas para volver, con un costo en transporte para ida y vuelta de unos 57 dólares. Desde Hattiesburg llegué a Pensacola Beach en Florida y desde Waterbury a Laurel Beach en Nueva Inglaterra.

Estos apuntes están dirigidos a los jóvenes estudiantes de mi país y especialmente de Latino América. No es necesario alejar la sospecha de que pretendan el estilo del relato de un viajero de los tantos ingleses que pasaron por Sud América, en el siglo de los ferrocarriles y de los barcos a vapor. Tampoco se intenta presentar a la imaginación de los lectores la idea de un mercado para obtener o realizar inversiones. Es el deseo de comunicarse, por medio de la REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA, con aquellos estudiantes latinos provenientes de México, Venezuela, Cuba, Guatemala, Nicaragua, El Salvador, entre otros países, reunidos en el Instituto de Estu-

Miguel A. Rodríguez

DE UN VIAJE a los ESTADOS UNIDOS

dios Latinoamericanos del *Mississippi Southern College*.

Deben tomarse como descriptivos, aunque sea fatal caer en apreciaciones y meditaciones comparativas. Son ampliación de notas realizadas sobre la marcha. Tratar de comprender este gran país, durante y luego de una estadía de unos cuatro meses, es pretensión difícil de alcanzar. Se necesita, además de otras condiciones, permanencia mayor. Este viaje quedó en la superficie, en el aire. Todo asoma así con demasiado contraste, comparándolo con lo nuestro. Aparece risueño, contradictorio, pintoresco, sorprendente. Puede ser considerado unas ideas más, sin otro compromiso que observar y tratar de interpretar. Con el andar del tiempo y viajando se suavizan sensaciones y se va familiarizando el latino con costumbres y maneras. Se va perdiendo insensiblemente la hostilidad que entraña lo extranjero. Lo absorbe la corriente.

Es interesante conocer los Estados Unidos, el país del "destino manifies-

to" desde la posición que supone nuestra condición de "sub-desarrollados", de permanentes deudores, de periferia, echando mano a expresiones usadas en la terminología económica moderna. Lo es también desde nuestra psicología latina. Es observar el estado de la huella a que parecemos destinados y empujados a andar toda Latino América. Aquello es el centro económico-financiero occidental. Lo es también político-militar. Es lo desarrollado, es la técnica... puede ser la madurez económica. El viaje permite una comparación visual rápida de los dos niveles de vida. Nos trae a la memoria aquel pensamiento de nuestro José Ingenieros: "el peligro de los Estados Unidos proviene de su superioridad, es temible porque es grande, rico y emprendedor".

La primera impresión es hallarse en un país de sirenas de ambulancias y de policías patrulleros como en las películas, siendo difícil no llegar a ver por un rato a algún americano de color. Representan un 10% aproximadamente (17 millones), de la población, permaneciendo en el sud más de 5 millones de ellos. Se ven también en el norte donde parecería extraña su permanencia calculando la temperatura fría de invierno. Me los imaginaba negro sobre blanco.

El norte es otro paisaje y otro desarrollo también. Llegando a Mississippi la naturaleza, carreteras, viviendas, fábricas, van cambiando en un sentido parecido al que experimentamos en nuestro país al salir al interior, desde Buenos Aires. En el norte existe una gran continuidad del conglomerado urbano de una ciudad a otra. El extraordinario desarrollo económico salta a la vista viajando en ómnibus. El capi-

tal social visible en carreteras, puentes, obras públicas, escuelas, universidades y la inversión en fábricas es impresionante. Las mismas estaciones de servicio de automóviles, donde se observan, en algunas, hasta 30 surtidores de expendio.

El nivel de vida es muy alto y se observa alrededor, caminando, así como se confirma en los hogares. En aquellas ciudades cuya vida depende de una universidad o de unas pocas fábricas, como Hattiesburg, parecería difícil observar profundas desigualdades sociales resultante de pronunciados desniveles de ingresos. Aún en New York mismo, es difícil establecer relaciones aparentes de este tipo. Es más fácil distinguirlo en nuestros países latinos. En las revistas de economía se hablaba de tendencia a la baja en los negocios de radio, televisión, autos y camiones. Es el "trend" que puede llevar a la temida desocupación, cuya preocupación noté en familias obreras del norte. La causa, según su simplista entender, era que después de esta segunda guerra, el obrero americano quiere ganar más y trabajar menos. Es el eterno problema del aumento de sueldos y salarios por encima del ritmo de crecimiento de la productividad, manifestado luego en el aumento de los precios que tiende a anular a aquél.

Para el americano todo parece ser "business". Es una de las palabras que más he oído. Se siente su presión alrededor. Uno de nuestros profesores, Mr. Adams, manifestó en una oportunidad que en Estados Unidos la única aristocracia es la del dólar. Es una especie de deidad, un patrón de medida. Una fiebre. Habría un poco de verdad por lo inevitable que es la necesidad de ganarlo. Ingresar en esa aristo-

MIRADOR

cracia supone medio y lucha, a veces violenta. En otro aspecto, allá el avance se traduce en "carros" (automóviles) y en rascacielos. Lo observé también en San Pablo (Brasil) y en Caracas (Venezuela) al oír sus comentarios, participando de unos viajes con americanos del norte. Luego, en la llegada a New York, al invitarme a distinguir desde lejos sus moles de cemento, el "nuevo Olimpo". Se sienten orgullosos de su progreso y en los comercios de las afueras, dedicados a antigüedades, se exhiben ruedas de vehículos, de madera, que vemos prestar eficaces servicios, todavía hoy, en nuestros países latinos.

Estados Unidos impresiona como una gran máquina, gigante, implacable, dura. Todos corren con sus "carros" aún cuando vayan de "pic-nic" y no tengan necesidad de hacerlo. Le muestran sus paseos y monumentos a alta velocidad. Parecería contagio. Todos corren, en consecuencia debo correr. Así los accidentes son generalmente fatales. Los autos aparecen ante nuestra vista como maltratados. No tienen ellos la necesidad que tenemos nosotros de cuidarlos. Rinden una función, es un elemento de trabajo cuya vida probable es de determinados años y luego otro modelo lo reemplaza. No se cuida como porcelana. Recuerdo de una mesa redonda de economistas, en Argentina, uno de ellos en relación a su importación los consideraba "suntuarios". Los "cementeros" de ellos, en los Estados Unidos, pasan a la inmortalidad en las cámaras fotográficas de los latinos. He visto en las carreteras lugares donde el automovilista aplaca su apetito, atendido por una ventanilla, con una bandeja y sin necesidad de descender del auto. No recuerdo si había detenido el motor.

Al mismo Banco se puede ir y efectuar un depósito sin salir de una cola y sin descender. Sin mayores molestias y merendando en su interior se ve cine en grandes espacios abiertos. La entrada se saca desde el mismo "auto". Unos cables y unos parlantes telefónicos individuales se introducen en cada coche y se cuelgan en cualquier parte: vidrios, volante, tablero.

El mismo profesor a que aludí precedentemente nos señalaba que muchos americanos del norte no conocen el interior de un tren por su hábito de viajar en auto. No extraña así que también nos comentara —ante nuestra sorpresa de que en el zoológico de Hattiesburg había una gallina y que no se veían en los hogares—; que en el zoo de New York hay también una vaca ya que muchos de los neoyorkinos no conocen estos animales...

Máquinas automáticas para oír música: un botón y una combinación de letras y números y determinado "rock" de nuestra simpatía o de la de otro, es oído por todo el público del salón. Se manejan desde cada mesita o desde el mostrador. Máquinas que despiden coca-cola, jugo de frutas, leche, cigarrillos, cinco fotos al instante, partido de foot-ball, bowling que se encarga de llevar cuentas y levantar los bolos luego de cada jugada. Las relacionadas con la alimentación —todo es considerado calorías— se encuentran en calles, pasillos de la Universidad, estaciones, fábricas, correo... Las de esparcimiento se ven hasta en los hogares, compartiendo lugares de estar o el garage. Todas movidas por unas monedas y unas instrucciones sobre su manejo, reglamentando: tire aquí, mueva allá, ahora introduzca la moneda, apriete este botón,

recoja aquí. Es indispensable seguir ideas parecidas al llegar a una estación terminal y pretender guardar por 24 horas una pequeña valija. Saliendo de ese tamaño el procedimiento es distinto. Se actúa automáticamente, siguiendo ideas que unos pocos han pensado para otros cuantos apurados millones de habitantes. Ahorran pensar, no puede ser de otra manera. Es época de masas.

Forma parte de los "ritos de iniciado" visitar negocios. Es un económico aprendizaje. Es ilustrativo para los latinos pasear por su interior aún cuando no se adquiera nada, excepto vocabulario de uso corriente. Es lo único que no se paga. Al comprar cuesta hacerse a la idea, al principio, de pagar sin que le exijan rendir cuenta minuciosa. Cuánto y qué, le preguntan... Ud. trata de mostrar que lleva cuanto dice... No es necesario, se paga solamente. Se confía en la honestidad del consumidor. No echan en cuenta las "ventajitas" de los estudiantes latinos, comer dos con un sólo ticket en el comedor universitario, trabar la máquina para que arroje dos artículos en vez de uno... Recuerdo la facilidad junto al asombro inicial de los estudiantes latinos al quedarse sin dinero, entrar en un negocio, llenar un cheque del talonario común a todos los clientes, hallado encima del mostrador y extendido contra el Banco de la localidad y canjearlo al instante. Es grande la libertad así como es grande la pena para quién abusa de ella.

Se hace difícil saber qué misión cumplen tantas cosas como se exhiben en escaparates. parecería que muchas de ellas no pueden salir nunca de stock. Habría algo de aquello que atribuyo a Mark Twain, comentado en una revista mexicana, cuando explica que se ven-

den al consumidor norteamericano artículos que no necesita, que debe pagar con dinero que no tiene y que debe trabajar para hacerlo, de donde como conclusión, trabaja para vivir él y para dejar vivir al productor de esas cosas innecesarias. No obstante, se ven en los hogares.

Las estaciones de "bus" son muy limpias. Difícilmente el pasajero tira un papel o hilo al suelo. Cooperan en mantener el orden. Recurre a canastos especialmente destinados a esa finalidad. He visto en Washington a adolescentes cruzar una avenida de tránsito, por la esquina, aguardando sus luces, con la sola intención de arrojar en un recipiente un resto de un helado. Luego, volver a su camino. No se puede comprender esto desde aquí. En otra oportunidad una señora mayor levantó un hilo a fin de adoptar el mismo temperamento. Se le había caído y lo advirtió. Las mismas carreteras apartadas son muy limpias cumpliéndose generalmente la prohibición de arrojar objetos. El pueblo aparenta tener un espíritu cooperativo muy distinto al latino. Es otra la ubicación. Son otros los medios. Es otra la disciplina. Los conductores de ómnibus demuestran, además de gran pericia en el manejo de sus vehículos, mucha cordialidad en el trato con el público. Esto no quiere decir que el "expreso New Orleans" pare infinidad de veces y que la indicación de que no cambiará de coche sea cierta.

Da gusto ver trabajar al pueblo norteamericano, en cuanto se aprecia la atención y el empeño que pone en sus tareas. Es cierto también la necesidad que tiene de hacerlo. Son responsables en sus relaciones con los demás, corteses, diría, en los negocios, siempre que el pedido no salga de lo "standard",

MIRADOR

de lo que infinidad de personas piden a cada instante. Algo fuera de lo anunciado, alguna combinación que salga de lo común es un problema insalvable, aparentemente. Difícilmente lo entenderán, todos piden repetidamente lo mismo o se sirven lo que tienen a la vista. Es automático.

Las indicaciones, luces reglamentarias, etc., son muy respetadas, excepto en New York, en que el tráfico, especialmente de taxis, es terrible, impresionante. Es un enemigo emboscado. Contrasta la conducción del norteamericano en las carreteras y ciudades peque-

ñas, conociendo al latino y su propensión a tomar contramano, andar por las veredas y discutir la ordenanza de tránsito con otros conductores en marcha. Esto me fue fácil de anotar viéndolos conducir a nuestros estudiantes latinos, por las calles de la Universidad, y estacionar en el lugar reservado para el "dean del College" o para la patrulla policial.

Cementerios ordenados, limpios. Flores, césped, árboles, ardillas. Sin los muros o verjas increíbles que conocemos. Sencillos, abiertos.